

EL DEBATE HISTORIOGRÁFICO EN TORNO A LA REVOLUCIÓN FRANCESA¹

*Arturo Taracena A.**

Como parte de este Ciclo de *Cine e Historia*, el doctor Víctor Hugo Acuña me solicitó un texto sobre el debate historiográfico en tomo a la Revolución francesa, para presentar la película 1789 de la dramaturga y cineasta francesa Arienne Mnouchkine. Veinte años han pasado desde la realización de esta bella obra en conmemoración de la gesta del pueblo francés, inauguradora del ciclo republicano moderno y del surgimiento del Estado-nación en el mundo. Coincidentemente, este año también se celebra el bicentenario del guillotinado de Robespierre, o sea, el fin de la etapa revolucionaria más radical, la de los jacobinos. Pieza clave en el debate historiográfico que se expone a continuación.

Sin embargo, antes me es necesario dejar en claro tres elementos explicativos: a) lo que he escrito está basado en síntesis históricas hechas por eminentes especialistas del tema; b) he evitado entrar a considerar la historiografía concerniente a las otras revoluciones que integran el ciclo revolucionario abierto en 1789 y c) he resaltado aquellos autores y obras más representativos, pero me queda la certeza de que dejé en el tintero a más de uno. Por ello excusas de antemano a los lectores.

UNAS PALABRAS PARA CONTEXTUALIZAR EL AÑO 1789

Michel Vovelle, en una de sus obras clásicas, *Introducción a la Historia de la Revolución francesa* (Barcelona: Crítica, 1984), recuerda que el objetivo último de la Revolución era la destrucción del feudalismo. En 1789 el mundo campesino representaba el 85% de la población francesa y la coyuntura económica sufría el agobiador ritmo de la escasez de granos, dando inicio a la crisis de subsistencia y relegando a un segundo plano la importancia de la naciente industria. El sistema social reflejaba en su conjunto el peso de los privilegios de la aristocracia, que acumulaba el 30% de la tierra, mantenía los pesados tributos feudales, controlaba recursos como la fuerza hidráulica, los molinos, los hornos, etc. y detentaba el derecho de justicia sobre los campesinos de sus tierras.

Lo que se denomina como "Antiguo Régimen" también implicaba un mundo social jerarquizado, cuya cúspide la nobleza y el clero- no sólo se beneficiaba de los privilegios fiscales sino de los honoríficos, protegida por el absolutismo real. En el corazón mismo de este sistema político estaba la monarquía de derecho divino, representada por el Rey. Por ello, la impugnación fundamental del Antiguo Régimen por parte de los revolucionarios franceses habría de ser la del orden social y ésta se realizó por diferentes vías, incluyendo la violenta. En esa violencia revolucionaria habría de contar mucho la politización y el compromiso creciente de las masas urbanas y, a veces, de las rurales, las que más tarde se llamarían "sans-culotte". A su violencia

¹ A propósito de la película "1789", de Arienne Mnouchkine., participación en el Ciclo Cine e Historia.

* Profesor del Departamento de Historia de la Universidad de Costa Rica.

desenfrenada -la revolución jacobina"- respondió el orden dirigido por el Termidor. De esa forma, la polémica historiográfica sobre la Revolución de 1789 está desde el siglo xviii marcado por el debate entre resistencia y contrarrevolución.

BAJO EL SIGNO DE L.A-CONTROVERSA

La historiografía sobre la Revolución francesa nace bajo el signo del rechazo ideológico. La referencia obligada es la temprana obra del irlandés Edmund Burke, quien en su obra *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, aparecida en 1790, ve en ella el triunfo de la demagogia y el despotismo sobre el contrato social. Para él, el pueblo no tenía derecho a cambiar su Constitución y para demostrarlo compara la revolución inglesa, sabiamente empírica y consolidadora de la herencia de las costumbres nacionales, con la francesa, la que al aplicar la noción de tabla rasa permite el triunfo del delirio salvaje.

Luego se sigue la "tesis del complot", amenamente presentada por el jesuita Abate Barruel en sus *Memorias para servir la historia del jacobinismo* (1797-1799), en las que se pretende demostrar cómo la "secta devoradora" de los jacobinos no hace sino implementar el complot que desde la Edad Media se incubaba contra el orden establecido y llama a los otros países europeos a recapacitar sobre la experiencia revolucionaria francesa. Esta primera historiografía revolucionaria tiende a desdeñar las fuentes documentales, nutriéndose antes que nada de la proliferación de "memorias" publicadas a partir de 1795 con el triunfo termidoriano.

El mismo François Chateaubriand abusa hasta el absurdo de la referencia a la historia antigua en su *Ensayo sobre las Revoluciones* aparecido en 1791.

"Esos razonamientos por analogías pseudohistóricas -escribe Alice Gérard en *La révolution française, mythes et interpretations 1789-1970* (Paris: Flammarion, 1970)-, son impotentes para cernir el fenómeno en su totalidad", por lo que no queda sino el recurso al *fatum*, "esa fatalidad a la que Tácito y los antiguos historiadores recurrieron para explicar los grandes acontecimientos". (S. de Meilhan). De allí surge la "teoría de la fuerza de las cosas" expresada fundamentalmente por Mallet du Pan, Condorcet, Rabaut Saint-Etienne, los dos últimos víctimas en la guillotina de esa misma "fuerza de las cosas".

Sin embargo, esa visión determinista conduce lógicamente a una visión unitaria de la Revolución, que será sistemáticamente atacada por razones políticas luego del Termidor. La burguesía termidoriana, deseosa de consolidar en su provecho los resultados de la Revolución, comprende que la historiografía es un medio legitimador. El primer paso es el de hacer un inventario de la herencia revolucionaria, pero excluyendo la que corresponde a la fase montañesa y, particularmente, a la de la hégira de Robespierre. Se discrimina así entre las dos revoluciones, la de 1789 y la de 1793; ésta última portadora del Terror.

EL TRIUNFO DEL MITO

Este es el título que Gérard da al periodo historiográfico que se abre en 1815 con la restauración en Francia y que está marcado por las revoluciones fallidas de 1830 y 1848. La necesidad de una revolución, aún hasta la de su misión destructora, es la evidencia histórica, que las escuelas historiográficas liberal y romántica se empeñarán en demostrar. El principal expositor de la primera es el abogado Louis Adolphe Thiers, quien en su *Historia de la Revolución* (1823-1827), haciendo un esfuerzo por reunir una documentación sólida, busca reivindicar para la burguesía la entera responsabilidad de la obra de la Convención. Las masas urbanas y provinciales están exclu0u de la escena histórica y la soberanía popular formalmente condenada. Paralelamente, la violencia es imputada en cierta manera a la resistencia hecha por la aristocracia frente a los deseos de cambio y modernización expresados por el pueblo francés.

Thiers fue secundado por Auguste Mignet en la utilización política del tema revolucionario contra la monarquía de Carlos X.

Sin embargo, ambas van a hacer hincapié en el esquema de las dos revoluciones, una nacida en 1789, buena y necesaria, y la del 93, nefasta, pero inevitable, reforzando la "teoría de las circunstancias" de orden interno y externo.

Paralelamente, a raíz de la revolución de 1830, se da una radicalización historiográfica, que tiende a ver en la segunda revolución, la de los "radicales" y "socialistas", la capacidad revolucionaria del pueblo. Francia es el pueblo, con mayúscula, y la enseñanza de la revolución jacobino portadora de la igualdad, pasa a ser un excelente medio para movilizar las energías populares contra la monarquía restauradora. Robespierre comienza su vida póstuma con la obra de Albert Laponneraye, *obras de Maximiliano Robespierre* (1842), al encarnar las esperanzas democráticas. No es sólo un hombre, sino una idea", sentencia Martin Bernard. El mismo Laponneraye se dirige a los emergentes obreros con la redacción de un *Curso público de historia de Francia de 1789 a 1830* (1843).

Por su parte, como lo señala Eberhardt Schmitt en su *Introducción a la Historia de la Revolución francesa* (Madrid: Cátedra, 1980) Karl Marx solamente aborda de una forma aislada y en diferentes ocasiones su modo de ver la Revolución de 1789. En 1843, desde la óptica filosófica, analiza por primera vez el legado contra la alienación de parte de los Derechos del Hombre y del Ciudadano (en sus versiones de 1789 y 1793), a los que considera el símbolo de la Revolución, pues hay una diferencia entre la emancipación política y la emancipación humana total.

Ese año son publicadas, con el título de *Introducción a la Revolución francesa*, las notas de prisión de uno de los principales oradores a los que se les aplicó la guillotina, Antoine Pierre Barnave. Este añade una dimensión nueva al análisis al señalar la existencia, de la lucha de clases en la Revolución de 1789. Entiende -recuerda Josep Fontana en su *Historia. Análisis del pasado y proyecto social* (Barcelona: Editorial Crítica, 1982)- que la clase social que controla el sector dominante de la economía ejerce una hegemonía en el plano político y ofrece, a su vez, resistencia a dejarse desplazar. Así, termina por ser anulada o derribada por una acción política que se expresa "algunas veces por una progresión dulce e insensible; otras por violentas conmociones".

A partir de la década de 1840 empieza una celebración espontánea de la Revolución francesa, en la que coinciden la celebración del cincuentenario con los profundos movimientos de la historia social y de las mentalidades colectivas de la Europa decimonónica. El encuentro entre la gesta revolucionaria y el naciente movimiento romanticista se va a dar en 1847 con la aparición simultánea y prodigiosa de tres obras clásicas de la historiografía revolucionaria: *La Historia de la Revolución francesa* de Louis Blanc y de Jules Michelet y *La Historia de los Girondinos* de Alphonse de Lamartine, quienes, además de ensanchar el acervo documental, exploran por primera vez la tradición oral, entrevistando a los descendientes directos de los héroes revolucionarios.

Se consolida así una interpretación reformista sobre el papel del pueblo, con una versión democrática del Tercer Estado y de la primera revolución, apartados de la ruta del terror y del materialismo. Por primera vez, el actor histórico principal es el pueblo, pero la lógica romanticista se ve en la necesidad de excluir del análisis de la participación histórica popular a la religión robspierana y encuentra en la pureza de los motivos

el principal argumento para justificar los excesos revolucionarios. Asimismo, reemplaza a los hechos por los símbolos en aras del triunfo de la república frente a la monarquía. La Revolución adquiere el carácter de un mesianismo universal. Sin embargo, se deja en la nebulosa el problema de los orígenes históricos de la misma, tema que será retomado por la generación siguiente.

DESMITIFICACION Y POSITIVISMO

La derrota de la revolución de 1848 y la posterior instauración del Segundo Imperio van a animar en la historiografía de la Revolución francesa la refutación de las tradiciones y los mitos heredados hasta entonces. La erudición va a reemplazar a la increpación ideológica. La obra de Alexis de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución* (1851), marcada por la polémica europea entre la "libertad democrática" y la "tiranía de los Césares", entre la práctica cívica descentralizadora y el centralismo monárquico, será la que inaugure el nuevo período.

Tocqueville renueva la historiografía revolucionaria investigando sus orígenes, lejanos y próximos, siendo el primero en dar consistencia al concepto de "Antiguo Régimen" y al de "pre-revolución", individualizando el periodo de la coyuntura histórica de 1787 a 1789 y haciendo por primera vez hincapié en que la revolución administrativa habla precedido a la revolución política. Además, insiste en la importancia de los atavismos institucionales y psicológicos.

Pronto da inicio la supremacía del positivismo. Ernest Renan, quien encarna al maestro de su generación, señala el camino al escribir que, "por el momento, no se trata de continuar la revolución, sino de criticarla y de corregir sus errores". El debate sobre las ideas historiográficas se anima por héroes revolucionarios interpósitos: Danton, el radical en contra de Robespierre, el socialista, o sea girondinos contra jacobinos, representado por la célebre controversia de Edgar Quinet y A. Peyrat en 1866. Debate que llegó muy pronto a América con el respectivo enfrentamiento en la prensa mexicana entre Gabino Barreda, el introductor del positivismo en México y -por ende en Centroamérica- y su discípulo justo Sierra. Comienza así la promoción de Danton por la escuela positivista.

Augusto Comte y sus discípulos ven en Danton y el primer Comité de salud pública la encarnación del período constructivo y orgánico de la Revolución. Danton habría comprendido la necesidad de una prealable descristianización para dar paso al surgimiento del estado cívico, así como la de concentrar el poder político ante los peligros revolucionarios. En pocas palabras, la justificación de las proposiciones positivistas de desamortización y centralismo, de orden y progreso.

Paralelamente, la escuela positivista desecha el esquema precedente de la dos revoluciones, pues la del 89 como la del 93 eran ambas necesarias para destruir la feudalidad y el poder del clero. Sin embargo; sólo le da una importancia relativa a la Declaración de los Derechos del Hombre, interesada ya en mantener el orden en aras del cientifismo.

Del lado de la historiografía influenciada por el socialismo, tanto Louis August Blanqui como Pierre-Joseph Proudhon rechazan ya la imagen de Robespierre, por su culto a la personalidad y por los excesos del Incorruptible, contribuyendo a que persista la primacía de los héroes pro-girondinos. De esa manera, se profundiza en la desmistificación de la leyenda revolucionaria, acentuada por la derrota de la Comuna de 1871.

EL NACIMIENTO DE UNA HISTORIOGRAFÍA "CIENTÍFICA"

En *L'Etat de la France pendant la révolution (1789-1799)*. (París: Editions La Découvert, 1988), Vovelle se plantea la pregunta de cuándo se inició una historiografía "científica", (entre comillas) de la Revolución francesa y llega a la conclusión que ésta se dió en las vísperas del primer centenario de la misma, con la publicación a partir de 1885 de la obra de Henri Taine *Los orígenes de la Francia contemporánea (1885-1894)*, quien después de Michelet es el primero en intentar una historia total y en esclarecer la lucha de clases bajo la Revolución, hasta ese momento ,encubierta por los conceptos de "Tercer Estado" y "Pueblo". Su obra es cuidadosamente estudiada por Alphonse Aulard y Albert Mathiez debido a su erudición y, aunque éstos dan lugar a una producción de monografías de historia política, la menudo muy narrativas, de hecho abren el camino a la edad de oro de la historiografía revolucionaria, que termina por institucionalizarse.

Jean Jaurès lleva a cabo su monumental *Historia socialista de la Revolución (1901-1904)*, y logra crear la célebre Comisión de Investigación y Publicación de textos y documentos relativos a la Historia económica y social de la Revolución francesa con el apoyo de la Asamblea Nacional. Al mismo tiempo, en la Sorbona es creada la cátedra de historia de la Revolución bajo la dirección de Aulard. A partir de allí, la tradición de esta escuela historiográfica revolucionaria se prolonga a lo largo de la primera mitad del siglo XX, entre cuyos máximos representantes están Ernest Labrousse (*La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*. Paris, 19414), George Lefebvre (*Questions agraires au temps de la Terreur*. Paris: La Roche-sur-Yon, 1954), Albert Seboul (*Les Sans-culottes patisiens en l'an II*. Paris: La Roche-sur-Yon, 1958) y Jean Jacques Godechot (*Les révolutions, 1 770-1 799*. Paris, 1963) y, la cual, elabora progresivamente una lectura social de la Revolución, que introduce en la escena histórica a las masas rurales y, luego, a las urbanas.

El esquema explicativo propuesto es el de una "revolución burguesa con apoyo popular". Es decir, un modelo en la que la Revolución francesa es vista como un fenómeno en que se acompañan burguesa, masas urbanas y campesinos, lo que representa la originalidad de la vía revolucionaria francesa. Con clara influencia marxista, dicho modelo interpretativo se basaba en el cambio de las estructuras sociales y de las fuerzas de producción en la segunda mitad del siglo xviii, dando importancia a la crisis de la producción de granos y de la imposición fiscal, al crecimiento demográfico, a la emergencia de los sectores subalternos, etc. Hacia los años cincuenta, dicha escuela historiográfica vive sus momentos de gloria, extendiéndose con éxito a investigadores extranjeros como Georges Rudé (*Interpretations of the French Revolution*. Londres: 1961), Walter Markov (*jakobiner und Sansculotten*. Berlín, 1956), etc.

LOS VIENTOS DEL CUESTIONAMIENTO

En 1959, Fernand Braudel -director de la revista *Annales*-, publica su célebre artículo "La larga duración", por medio del cual se viene a relativizar la importancia de la coyunturas históricas, haciendo que la Revolución francesa sea vista como un fenómeno que se diluye dentro de la larga duración de la historia francesa. Triunfo de la historia de la civilización material y luego de la de las mentalidades sobre la historia

social y política, que va dar inicio a un eclipse momentáneo de la historiografía sobre la revolución de 1789. El impacto es tal, que la mayoría de los investigadores se vuelca a trabajar en la larga duración.

Ya en los sesenta, con las críticas realizadas por los historiadores anglosajones Alfred Cobban (*The Myth of the French Revolution*. Londres, 1955) y G. Taylor (*Non Capitalistic Wealth at the Origins of the French Revolution*), se pone en duda la existencia de una burguesía verdadera en la Francia de finales del siglo xviii, lo que supone un ataque frontal a la denominada interpretación "Jacobinista", inaugurada ochenta años atrás. Para apoyar su tesis, ellos señalan- que una parte importante del capital industrial francés estaba en manos de nobles, lo que permitió un consenso -entre en fracción progresista de la nobleza y la capa superior de la burguesía. Así, se ha presentado el período que va de 1789 a 1791 como la oportunidad que se tuvo para alcanzar la realización pacífica de sus objetivos por medio de un compromiso para sentar las bases de una sociedad francesa moderna. Sin embargo, aceptando que dicho consenso reformista pudo haber evitado la radicalización, quedaba por ver ¿cuál fue la fuerza que lo bloqueó?

En la línea de investigación de lo que poco a poco empieza a denominarse como los "revisionistas", que se proponen revisar a fondo las certitudes históricas heredadas de la escuela revolucionaria-, se ve, entonces, que hasta principios de 1791 el compromiso entre burguesía y nobleza fue posible, pero que en ese momento se dio el "dérápaje", el resbalón histórico, propuesto por François Furet y Daniel Richet en *La Révolution française*. (Paris: Hachette, 1965-66). ¿La razón? La entrada en escena de las masas populares, urbanas y campesinas, movilizadas por la fuerza política del jacobinismo con base en reivindicaciones en materia económica y social. Ello no sólo echarla por tierra la afirmación de un pretendido movimiento ascendente de la Revolución burguesa hacia la Revolución democrática durante el Año II (1791), sino además la denominada "teoría de las circunstancias", que atribuye la radicalización del proceso al hecho de que los dirigentes revolucionarios tuvieron que hacer frente a la contrarrevolución interior dirigida por las fuerzas conservadoras de la nobleza y el campesinado, como ante la coalición de las potencias europeas dirigidas por monarquías enemigas de la República. Las masas mismas habían gestado ese monstruo que habría de llevarlas al delirio destructor y a la dictadura.

EL REVISIONISMO ASCENDENTE

Se inicia así una discusión histórica entre "jacobinos" y "revisionistas". A la cabeza de los primeros está Seiboul, que profundiza las investigaciones sobre la historia agraria y urbana de Francia, dando preferencia a la historia social del movimiento popular parisino. Frente a la crítica de Cobban y Taylor, Régine Robin ("*La nature de l'état á la fin de l'ancien régime: Formation sociale, Etat et transition*" *Dialectiques*, 1; 1973) subraya el momento de transición por el que efectivamente pasaba la burguesía francesa cuando estalla la Revolución, donde el mundo de la renta era aún más importante que el de la ganancia capitalista. Paralelamente, se intenta una nueva lectura de la historia cultural de la Revolución, procurando sentar las bases de una historia de, las mentalidades revolucionarias, donde sobresale, entre otros, el trabajo de Serge Bianchi, *La révolution culturelle de l'An II. Elites et peuples, 1789-1799* (Paris: Aubier, 1982), que busca "restituir" a la Revolución cultural de 1791 su verdadera dimensión histórica, ocultada por una historiografía que le es "hostil".

Empero, la escuela revisionista, cuyo éxito se extiende afuera de las fronteras de Francia, va a profundizar su ataque. La publicación en 1978 de *Penser la Révolution française* (Paris: Gallimard), por parte

de Furet, no sólo insiste en la caduco de la "teoría de las circunstancias", sino que afirma que el origen del "terror revolucionario" no es si notas "falsas ideas políticas". Para él, el "terror" forma parte de la ideología revolucionando y, apoyándose en los historiadores franceses del siglo xix -Tocqueville, Quinet y Cochin-, considera que la confiscación totalitaria de la Revolución francesa por parte del aparato jacobino se basó en el concepto de "soberanía popular", propagandizado por las logias masónicas y los clubes políticos. Jacques Juiliard coincide con Furet en considerar que fue Jean-Jacques Rousseu, al introducir en el debate político los temas de 'voluntad colectiva y "soberanía popular", quien da la "matriz" al totalitarismo' del que se inspiraron los jacobinos en el ejercicio del poder'entre 1791 y 1794.

EL BICENTENARIO: ENTRE LA FASTUOSIDAD Y LA FALSEDAD

Para las celebraciones millonarias del bicentenario de la Revolución francesa campeó una historiografía abiertamente contrarrevolucionaria. Furet no se reconoce en ella, pero lo cierto es que la imagen de una revolución totalitaria, supuestamente predecesora del "goulag", es transmitida por los medias, la prensa y los ensayos conmemorativos. Uno de los puntos fuertes de ese sesgo derechista de la historiografía revolucionaria se ha basado en el estudio del tema denominado "genocidio franco-francés"; o sea, el de la represión contra el movimiento opositor de la Vandée, que aglutinaba a aristócratas, católicos y campesinos, y que provocó más de 120.000 muertes. Paradójicamente, en pleno neoliberalismo, se le niega a la Revolución francesa el papel que jugó como fundadora de las bases del liberalismo político del siglo XIX en Francia y en el mundo occidental.

La Revolución francesa deja así de ser la productora de la nación y la partera universal del Estado civil, de la igualdad religiosa, de la abolición de la esclavitud, de la libre empresa, del régimen representativo, de la fraternidad y de los derechos humanos, para pasar a ser asimilada al baño de sangre y al terror revolucionario. Nuevos estudios, bajo la dirección de Vovelle y otros historiadores, señalan que esta revolución debe ser interpretada dentro de la dinámica de varios "pueblos desunidos" en vías de constituir una nación moderna, lo que implicó una nueva sociabilidad y un nuevo imaginario colectivo.

En esa dirección ha trabajado Eric Hobsbawm, quien en su admirable obra *Nations et nationalismes depuis 1780* (París: Gallimard, 1990), señala cómo los teóricos revolucionarios franceses, en un primer momento, basaron su sentimiento nacional en el criterio político de la "ciudadanía", para luego insistir sobre el elemento cultural de la uniformidad lingüística al interior de su Estado. Pero sobre todo, es "una nación creada por la elección política de sus miembros quienes, al hacerla, rompían con la antigua lealtad", concluye el historiador británico.

En síntesis, como lo dijo Lavissee, a quien Hobsbawm cita, "La nación consentida, querida por ella misma", fue la contribución de la Revolución francesa a la historia.